

Hannah Arendt

La mentira en política
Reflexiones sobre
Los documentos del Pentágono

Introducción de Nuria Sánchez Madrid

Traducción de Carmen Criado



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *CRISES OF THE REPUBLIC: Lying in Politics. Civil Disobedience. On Violence. Thoughts on Politics and Revolution.*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con HarperCollins Publishers LLC.

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Tropas del ejército se reúnen con su Comandante en Jefe, el Presidente Richard M. Nixon, en su visita a Vietnam (15 de julio de 1969).

© Keystone Pictures USA / agefotostock

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Copyright © 1972, 1971, 1970, 1969 by Hannah Arendt. Una versión de *Lying in Politics* se publicó por primera vez en la *New York Review of Books* el 18 de noviembre de 1971.

© de la traducción: Carmen Criado, 2022

© de la introducción: Nuria Sánchez Madrid, 2022

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-810-3

Depósito legal: M. 5.613-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Introducción, por Nuria Sánchez Madrid

La mentira en política

37 Uno

53 Dos

67 Tres

81 Cuatro

97 Cinco

Introducción
Denunciar la posverdad
avant la lettre

El lector tiene en sus manos uno de los escritos de intervención más representativos del penetrante estilo intelectual de Hannah Arendt. *La mentira en política* (*Lying in Politics*) extrae lecciones de enorme peso de la encendida discusión que provocó en la sociedad civil norteamericana de comienzos de los setenta la publicación de extractos de un informe gubernamental centrado en las decisiones adoptadas por Estados Unidos en relación con Vietnam de 1945 a 1967, conocido como *Los documentos del Pentágono* (*Pentagon Papers*)*. El mensaje con que Arendt participa en el debate generado por este inesperado estudio parte de las distinciones conceptuales tan del gusto de la autora —el *distinguo* que su amiga Mary McCarthy ca-

* Dichos documentos se conocen también, informalmente, como *Los papeles del Pentágono* (N. del E.)

lificó como una de sus divisas—, que sitúan a ciertas mutaciones contemporáneas de la política ante sus propias contradicciones. Entre ellas, es preciso subrayar lo que desde hace años solemos calificar de *posverdad*, un concepto cuyos riesgos Arendt escudriña con perspicacia en este opúsculo.

El escrito insiste en repetidas ocasiones en la ambivalencia de un dato fáctico. Nada permitía vaticinar que en 1967 el secretario de Defensa de Estados Unidos fuera a interesarse por poner a disposición de las generaciones futuras un balance con aspiraciones de objetividad de la información y estrategias que habían regido la política del país en Vietnam y su entorno geográfico. La política estadounidense había abrazado ya una deriva que solo conducía al desprecio del principio de realidad. Sin embargo, algunos de sus principales protagonistas todavía albergaban en su interior algún interés por comprender lo acontecido realmente. Pertrechada de unas exigencias epistémicas que no parecían atraer ya en el último tercio del siglo XX a los profesionales de la política estadounidense, Arendt exhorta a abandonar la creciente teatralización de la política en nombre de un retorno sosegado a los hechos, acompañada por la humildad propia de quien es consciente de la finitud de su enfoque en contraste con la temeridad de quienes pretenden alcanzar un control absoluto de la realidad. En esa misma línea, estas páginas nos recuerdan que nadie indispuerto con la

contingencia podrá implicarse con prudencia en las tareas de gobierno.

Como recoge la siempre reveladora biografía de Elisabeth Young-Bruehl¹, Arendt redactó el escrito en una etapa de luto personal –un año antes había fallecido su segundo esposo, Heinrich Blücher–, mientras residía como huésped en la casa de veraneo en Castine (Maine) de Mary McCarthy y del marido de esta, James West. Arendt remplazaba así sus habituales estancias estivales en Tegna, en el cantón suizo del Ticino, región frecuentada en verano con Blücher, por el tranquilo apartamento situado encima del garaje de sus amigos. En ese entorno la pensadora pudo dedicarse a una de las actividades de las que más disfrutaba, a saber, responder a la aparición pública de los acontecimientos con orientaciones útiles y explicaciones sencillas, pero implacables con la denuncia de peligros como era el caso del nihilismo narcisista sembrado por los asesores gubernamentales ya hegemónicos en la América de los setenta. El antecedente de las figuras que actualmente se tildan de *gurús* de los líderes políticos. El ensayo se publicaría en noviembre de 1971 en la *New York Review of Books*, despertando el interés tanto del público académico como del atraído por cuestiones cruciales para la sociedad civil, de lo que

1. Véase E. Young-Bruehl, *Hannah Arendt. For Love of the World*, New Haven y Londres, Yale U.P., 1982, pp. 446-447.

dan muestra las conferencias derivadas del texto que la autora impartió en el semestre de invierno del curso 1971/1972 en Haverford, Carleton, Notre Dame y Harvard. Como señala de nuevo Young-Bruehl, el planteamiento de Arendt mereció también un lugar relevante en la discusión sobre *Los documentos del Pentágono* organizada por la revista *Partisan Review* y protagonizada por Hans Morgenthau y Noam Chomsky. No era el mejor momento para dispersarse en debates concernientes a la «ontología del presente», pues Arendt tenía entre manos la redacción de *La vida del espíritu*, pero con todo no dejó de implicarse en intentar arrojar algo de luz sobre la maltrecha salud del espacio público norteamericano a comienzos de los setenta, enrarecido por la supeditación del juicio a relatos visionarios que comprometían la suerte del país.

Nadie que lea *La mentira en política* podrá sostener que Arendt huyó de debates de envergadura en el último periodo de su vida. Por el contrario, resulta admirable la finura con la que diagnostica los flancos más débiles de la «cocina política» instalada desde el final de la Segunda Guerra Mundial en Washington. Llama especialmente la atención la determinación con que la autora condena la reducción de intereses colectivos a meros estados de opinión, volubles y susceptibles de una manipulación más o menos elaborada. En esta tendencia definitiva de su época encuentra un auténtico crematorio

del viejo arte de la política, actividad que Arendt nunca dejó de entender como la fuente de la «vida buena», esto es, una existencia digna para todos los miembros de una misma comunidad, con independencia de su procedencia, religión, cultura o clase social. Por ello precisamente, al percibir que las encuestas y las audiencias comenzaban a dominar el espacio político en la nación que la había acogido desde 1941, Arendt vaticina que el mismo presidente de la República norteamericana se sentirá prisionero de los dictámenes de sus asesores, incapaz de tomar decisiones que respondan a su propio criterio, al quedar este desdibujado en medio de intentos desesperados por preservar la imagen exitosa de un país, incluso al precio de negar los sucesos más perentorios. De todo ello trata este opúsculo, cuya actualidad avala la lamentable crisis coronada por la retirada de tropas estadounidenses y aliadas de Afganistán en agosto de 2021. ¿Para qué sirvieron veinte años de misiones militares y la ocupación extranjera del país? Entonces como ahora la voluntad de aparecer como el país tutelar de la democracia y el orden globales empujó a Estados Unidos a embarcarse en una empresa condenada al fracaso por su incapacidad de contribuir a la transformación social de países hundidos a partes iguales en la miseria, la ignorancia y la corrupción. Como es bien sabido, las armas resultan de nula utilidad cuando se trata de levantar estructuras civiles sólidas.

Cuando Arendt se pronuncia acerca de la publicación de *Los documentos del Pentágono*, ya cundía en la sociedad urbana estadounidense un extendido sentimiento de decepción con respecto a las empresas bélicas puestas en marcha por Washington desde 1945. El inmenso sufrimiento social del pueblo norteamericano en virtud de las bajas que tales conflictos comportaban, acompañado del daño psicológico y físico con que los soldados volvían del frente, había generado un clima de sueños rotos, acunados por el anhelo distópico de controlar geoestratégicamente al resto de los países del orbe. La sociedad estadounidense llevaba décadas experimentando en carne propia los lamentables efectos de tales «horizontes de grandeza», en la ausencia del más mínimo espacio de reflexión pública en condiciones de determinar las ventajas y desventajas derivadas de una política que Arendt se resiste a calificar como imperialista, al entenderla más bien como resultado del hechizo de una torre de marfil que confunde los cálculos temerarios con el sano juicio. En medio de una indigencia tan extrema, Arendt, atenta siempre a las paradojas, repara en el carácter de signo histórico que posee el informe detallado sobre las relaciones mantenidas por el país con Vietnam del Norte y del Sur y el entorno del Sudeste asiático que el secretario de Defensa de Estados Unidos, Robert McNamara, encargó en 1967 al experto en seguridad nacional Leslie Gelb. La intención era levantar

un acta detallada de la información con que el gobierno de Estados Unidos había contado desde esa fecha para diseñar su estrategia política en aquel entorno geográfico. Para acometer la empresa, Gelb contrató a 36 altos mandos militares, expertos en inteligencia militar e historiadores, que recibieron la misión de elaborar informes y estudios reveladores sobre ese periodo de la política exterior estadounidense. El conjunto del trabajo ocupó 45 volúmenes. McNamara se disponía a escribir unas líneas decisivas en la historia de la revelación de secretos gubernamentales de interés para el pueblo norteamericano. Ahora bien, como suele ocurrir con las obras, su impacto público puede no ser del gusto del artífice y McNamara perdió el control de la divulgación de los documentos.

El reportero del *New York Times*, Neil Sheehan, obtuvo en la primera mitad de 1971 la filtración de algunas piezas del trabajo colectivo facilitadas por el funcionario del Pentágono Daniel Ellsberg, que había participado en él y se sentía indignado por los descubrimientos realizados sobre el sinsentido de la guerra con Vietnam. La publicación a partir de junio de ese año de algunos extractos en el *New York Times* –«Archivo Vietnam» era el encabezado de los artículos– y posteriormente en el *Washington Post* desató una conmoción en la sociedad civil de Estados Unidos, golpeada desde hacía décadas por un conflicto bélico cuya legitimidad y sentido todos

parecían haber olvidado menos el presidente Nixon. Si bien ambos periódicos fueron obligados a detener la publicación debido a una orden del fiscal general, John Mitchell, recurrieron al Tribunal Supremo, que les resultó favorable en una apretada votación, marcando un antes y un después en la exhibición de la capacidad de la libertad de prensa para alertar a la población civil norteamericana de la existencia de zonas opacas de la Administración nacional.

La edición parcial de los documentos que Arendt manejó durante la redacción de *La mentira en política* corresponde al volumen elaborado por el periodista Neil Sheehan –*The Pentagon Papers: the Secret History of the Vietnam War*– publicado por Bantam Books en julio de 1971. Arendt muestra conocer en su escrito –véase la nota 6 del capítulo 1 de la presente edición– otras dos ediciones de *Los documentos del Pentágono* que, sin embargo, confunde inadvertidamente en su referencia. Se trata, en primer lugar, de la edición de los documentos en doce volúmenes, conocida como edición de Hébert, a cargo del Departamento de Defensa de Estados Unidos, publicada en octubre de 1971 por el Government Printing Office. En segundo lugar, en la misma fecha apareció la edición del informe a cargo del senador Maurice Gravel, publicada por Beacon Press. Esta última editorial sería víctima de las represalias de un airado presidente Nixon, cuyo mandato reci-

biría su golpe de gracia apenas un año después, de nuevo gracias a la contribución de la prensa escrita, con ocasión del *Watergate*, forzando su dimisión en agosto de 1974. Fueron años esperanzadores para quienes percibían en la Primera Enmienda uno de los cimientos del orden constitucional estadounidense.

El análisis que Arendt dedica a la divulgación de *Los documentos del Pentágono* insiste en que la misma voluntad de elaborar este extenso informe evidencia la relación que mantienen la verdad y la política. Naturalmente, nadie insistió más que Arendt en que un autor como Lessing debía ser reivindicado frente a Platón como referente del valor que la apariencia desempeña en el espacio político. Pero su conocimiento de la potencia de la imagen para evadir al sujeto del mundo real en nombre de la barbarie totalitaria le aconsejaba mostrarse alerta con respecto a fenómenos como la galopante reducción psicologista del vínculo entre la ciudadanía y sus representantes políticos. En virtud de estos intereses, Arendt repara en que los documentos filtrados del Pentágono naturalmente revelaban el peso con que el engaño y el autoengaño han contado tradicionalmente en la política. Pero tan importante como este apunte resulta a su juicio reparar en dos formas contemporáneas de producción de mentira que merecen un cuidadoso examen. Se trata, por un lado, de las pamplinas –*bullshits*, podría decirse con

Harry Frankfurt²— generadas por las técnicas de construcción de opinión social, quintaesenciadas en las agencias de publicidad de la neoyorquina Madison Avenue, cuyos *Mad Men* representan para Arendt la antítesis de la configuración de un espacio público sólido. Por otro lado, la pensadora tiene en el punto de mira las teorías de juegos de los solucionadores de problemas, cuyo modelo de trabajo resultaba afín y, sin embargo, completamente divergente en los resultados objetivos del trabajo realizado por el *task force group* articulado por McNamara.

Como suele ocurrir en los ensayos en que Arendt repara en las contradicciones de lo que califica como «época moderna», sus observaciones sacan a la luz rasgos esclarecedores de las formas que dan sentido a la vida pública. Por de pronto, la autora repara en la proximidad en que se encuentran siempre acciones como mentir y actuar. No en vano, ambas capacidades precisan de la imaginación, pues para actuar es necesario alterar una situación determinada y apostar por otra con ayuda de ciertos principios elegidos por el sujeto. Ello representa un punto en común con el existencialismo sartreano, cuyo blindaje ideológico nunca fue del gusto de Arendt. Por otro lado, no se le escapa a nuestra autora que una de las

2. Remito a su célebre ensayo *On Bullshit: sobre la manipulación de la verdad*, trad. cast. de Miguel Candel, Barcelona, Paidós, 2006.

fuentes principales de fragilidad para la acción política procede del hecho de que las verdades fácticas no se imponen automáticamente. Lejos de ello, si no hay testimonios o testigos que los avalen y cuiden de ellos, los paisajes de una «verdad alternativa», especialmente si viene a resolver viejos enigmas y a transmitir relatos dogmáticos frente a la indeterminación del presente, pueden comenzar a resultar atractivos para una parte relevante de la población.

Es preciso señalar que Arendt siempre mantuvo viva la esperanza, incluso en los tiempos de máximo hundimiento totalitario en Europa, de que la mera acumulación de mentiras no logra transformar completamente la realidad. Como ella misma apunta, la Alemania nazi o la Unión Soviética podían negar por activa y por pasiva la existencia del paro, pero la aparición de parados en las calles bastaba para desmentir ese mensaje. Como advierte en otros lugares, y en la estela de unas sabias palabras de Montesquieu en *El espíritu de las leyes*, el ser humano resulta tan maleable que puede llegar a perder enteramente la conciencia de su propia condición si las circunstancias le fuerzan a ello³. El peligro más extremo residía, pues, en la capacidad de los regíme-

3. Véase la cita y correspondiente observación de Arendt en el ensayo «Comprensión y política (Las dificultades de la comprensión)», recogido en Hannah Arendt, *Ensayos de comprensión (1930-1954)*, trad. cast. de Agustín Serrano de Haro, Madrid, Caparrós, 2005, pp. 383-384.

nes totalitarios para lograr que la gente común olvide la diferencia entre lo verdadero y lo falso, toda vez que, si se resiste a ello, su vida y la de los suyos se encontrarán en peligro. En caso de conflicto entre la virtud epistémica y la vida, Arendt asegura que una mayoría de seres humanos apostará por la vida, aunque esta no merezca ya la pena vivirse. Los regímenes totalitarios conocen bien ese flanco débil de la condición humana y extraen provecho de él, como también de afectos como la impotencia y el rencor que circulan inevitablemente en toda sociedad.

A pesar de no tratarse de un aspecto especialmente explorado de la obra de Arendt, esta aborda en *La mentira en política* hasta qué punto las mutaciones de la vida social pueden impactar en la relación que una nación mantiene con su clase política. El totalitarismo europeo había ofrecido lamentables ejemplos acerca de cómo se neutraliza a una sociedad, al priorizar la interpelación de una masa adocenada y carente del más mínimo interés político frente a la de clases sociales más articuladas. Pero la hegemonía de la publicidad como código dominante para la aparición pública no anunciaba horizontes mucho más halagüeños. La presión con vistas a crear discursos para consumo del público sancionaba además una inflexión mediática de la política, que va de consuno con las dos nuevas formas de mentira poseedoras de un sonoro alcance en la vida pública. En relación con la primera forma mencionada de